

CAMPIO CARPIO

ELOGIO PARA ANGEL SAMBLANCAT

Angel Samblancat reencarna simbólicamente el alma de una España oprimida, cercada por tres mares, que se levanta entre una nube de polvo sobre los picachos de una nación que, con Italia y Grecia, tiene el sol más hermoso de la tierra. Con ese sol ha forjado sus cantares y lanzóse al encuentro de lo desconocido, en una carrera incesante desde el Renacimiento hasta hoy, en perspectiva de una revolución que no termina nunca. De esa inquietud y de ese naufragio en que se ha reconcentrado el espíritu ibérico le viene la angustia y la esperanza del desquite.

Detrás del Renacimiento quedaron el Cid y sus cuentos de viejas; los episodios de la unidad española que hicieron pordiosera una historia creada para mejor suerte. Allá quedaron los juglares, el judaísmo y la morería, integrantes de dos razas que nos son queridas y cuyas células, trasfundidas en sangre cristianizada combatieron en Europa y América. Esas dos comunidades ibéricas urge al pensamiento libre de auténtica democracia restituirla con su dolor al hogar de donde no debieron haberse separado nunca.

Los libros de caballería, "La canción de Roldán", los autos sacramentales de Calderón y sus antecesores, así como las cantigas de Berceo, no campean en la prosa y bien poco dejaron en la poesía clásica española como fuente de estudio, a no ser su acento poético deformado por el sometimiento a la religión católica que todo lo ha corrompido. La edad media concluía y el espíritu desobediente de España llamaba a los hijos a redimirse por la acción de sus obras.

Era la hora de pensar en los nuevos admirantes que izaran el pabellón de la libertad hecho jirones por los vientos y tempestades del mundo.

Así lo entendió Angel Samblancat que, como escritor español, pertenece a aquel período de cuatrocientos años atrás, cuando la insurrección de los valores reales, después de los grandes y universales planes del Quijote, que aparecían en Rojas, Gracián, Mateo Alemán, Quevedo y el Arcipreste de Hita. Porque ellos son la adivinación. Con ellos aprendió España a hablar. Antes de su arribo, tartamudeábamos como los franceses y alemanes. Cuando estos genios llegaron a nuestro firmamento se rompió la corteza terrestre y abrieron los cielos al milagro del pensamiento que se dibuja en la vigorosa personalidad restauradora de las formas clásicas donde la palabra humana encierra toda la historia. Angel Samblancat ha permanecido fiel a esa tradición y obedeció ciegamente al llamado telúrico de su estirpe, amasando la palabra en formas para darle contenido de grandeza poética y de significado científico.

La palabra de Samblancat rompe con los cánones vulgares de lo ordinario para seguir por los nobles caminos del clasicismo, decadente en algunos, pero que él ha conquistado en el humanismo. Porque él traduce y expresa el ideal del hombre, el hombre universo en sus maneras de pensar y de sentir las emociones, liberado de los formulismos de la civilización moderna. El lenguaje de Samblancat es la belleza en libertad, que se engalana con sus antiguos atavíos y aparece ante nosotros con su antigua canción.

Angel Samblancat advino a nuestro mundo poético con una épica revolucionaria, con donaire y donosura en grado y para un viaje secular. Nutrido en un sufrimiento de fatiga, no alcanzó a realizar una obra metódica que quedara como modelo de forma. Ninguno de los grandes héroes de nuestro tiempo logró someterse a la disciplina de pensar y armonizar sus ideas. Samblancat, mago de la palabra como un Aladino, manejó las letras como armas de bondad y gentileza en todos los tiempos del verbo. Su prosa tiene mucho de campesina, manchega, aragonesa y catalana. En esas barricadas creó amores eternos en defensa de aspiraciones comunes por las que gime un pueblo oprimido. Y sus ojos ardieron, carbonizándose en el desprecio por la vida pues que prácticamente se agotó hasta el último suspiro.

Angel Samblancat ha vivido ese mundo de cuatro siglos atrás con las ideas sociales de nuestros días. Con el hacha de la historia, él cercenó hábitos y costumbres. Puso fuego lírico en sus creaciones y se posesionó del mundo para librar combate bajo guerras, revoluciones y destierros. La literatura de Samblancat, de acento barroco pero con la agudeza, colorido musical y rica en imágenes impresionistas, se bifurca como dos grandes ríos a través del arte. Después de Galdós, Valle Inclán y Pío Baroja es Samblancat el artífice de la literatura española contemporánea en sus líneas más puras, pues, sin habérselo propuesto, ni el propio Azorín ha conseguido escalar cumbres tan altas en el descubrimiento de creaciones contundentes y majestuosas como este aragonés ha sabido arrancarle.

II

Cada época tiene su definición en el arte y la ciencia. Es un eterno vaivén renovador. Lo que negamos ayer nos aparece hoy como verdad. Hoy tenemos detenido el tiempo en una literatura que nos habla de sufrimientos y resignaciones, sobre todo en esa España herida y dispersada a todos los confines, opresa y maltrecha. En tal manifestación artística, las almas se marchitan y perecen. Las armas se enmohecen. Los poderes públicos estrechan alianza con la religión, en tanto el pueblo bajo, agobiado, húndese en la tierra esquilmada que hace esclavos a sus hijos en vez de libertarlos.

Angel Samblancat ha vivido agobiado por ese dolor que coloca al hombre en lucha con el destino, obligándole a pelear en el mundo animal del materialismo como en remotas edades. Pero los dolores del pasado en que todo resultó difícil— no deben sobreponerse a la luz del espíritu, a la comprensión, a la armonía ni al conjuro de aspirar a ser mejores. Los bienes de fortuna que estamos creando deben constituir el himno de alabanza a esta humilde e inocente profesión del arte para su inmortalidad.

Cierto que estos valores son comunes a todas las generaciones. De ellos nadie puede prescindir, pues entraña lo moderno de la propia juventud, de la primavera del mundo por la que la humanidad entera respira, se agita y muere. Quien cierre los ojos a ese progreso constante de renovación, aniquila su función artística, se empequeñece y diluye. Por-

que el arte es una representación humana. Ni el paisaje, ni el reino mineral, ni las especies animales representan algo sin el hombre. Por ello, entre lo antiguo y lo moderno existe sólo un concepto de tiempo y de forma: una ampliación del horizonte humanístico acuciado por la cultura que obliga a hacerse entender a través de figuras plásticas e imágenes con el menor esfuerzo y el mayor azuzamiento del ingenio. Todos los movimientos de renovación encuentran su dique aquí, que no es posible atravesar sin zambullirse en sus aguas cristalinas.

Samblancat no ha olvidado estos predicados. Jamás pudo desprenderse del maravilloso universo abierto a sus plantas en que apareció sumergido de por vida. El conocimiento de la cultura española y de las civilizaciones de la antigüedad representaban para él una vivencia, que lo iban empujando hacia acá. Ninguna de sus múltiples páginas en que fructificó tan deslumbrante inteligencia olvida el soplo divino de la grandeza que ha de animar el pensamiento y el arte.

La literatura contemporánea en su continente universal, sobre todo en Europa, no ha reaccionado en grado y medida de las esperanzas del siglo y de los sacrificios que está exigiendo. Dejemos de lado cuánto concierne a la España prisionera, que reserva sus energías para mejor ocasión. Pero se advierte un cansancio y desinterés propios de la derrota. En tanto América se moviliza para crear gigantes que luchan por el gran cometido, el mundo europeo no puede salir de los temas de guerra y de la revolución industrial, esa aberración tan combatida por Samblancat, considerada como elemento del destino en que los dioses olímpianos juegan con la voluntad de los mortales, cuando el orden del día determina romper las cadenas opresoras del mundo en este momento trascendental de la historia con tan profundos abismos.

"La cultura está hecha por los hombres y para los hombres. Defenderla contra ellos es transformarla en ídolo, es sustraer al hombre su producto. Y si entra en juego el cañón y envía sus proyectiles", tengamos presente que "la cultura nunca ha sido defendida ni por los militares ni por los políticos", podría decir Samblancat. Lo que importa es conjugar en presente cuanto tienda a redimirnos, creando el instrumento humano adecuado que todavía la naturaleza

ha olvidado, dotándolo de aquellos atributos morales que nos ha transfundido la civilización moderna.

El hombre tiene un ancho campo para combatir. Y el artista, cualquiera sea su especialidad, no puede detenerse ante lo pequeño ni lo mezquino, cuando tiene delante monstruos que inevitablemente debe abatir. Este es el gran combate del siglo, dentro de un mundo dividido, donde el hombre es prisionero de un destino que forzosamente tiene que sacudir. El escritor actúa en el escenario público y sus creaciones tienen que sobreponerse a los defectos e imperfecciones de los espectadores. El genio y el ingenio, la destreza intelectual y el grado de una cultura de libre esencia humana, darán por resultado tan ambiciosa aspiración.

III

Una docena de libros y opúsculos coronan la obra impresa en volumen de este hombre insigne que fue Angel Samblancat. La labor periodística, en que ha quemado sus mejores ilusiones, le permitían mayor movilidad. Su pluma iba vertiendo, a la cara del papel, frases cortantes, chorreando sangre de mártires o lanzando alaridos frente a la injusticia circundante. El trabajo breve, tajante, macizo, apretado, exprimido de todos los jugos era el preferido. Porque permitía disparar sus cañones al alba o al pecho del monstruo bifomé que nos achata, aplasta y despedaza. Pero en cada frase, en cada línea campea una idea altruista, una imagen que salta disparada hasta los cielos o una figura que nos da la medida exacta de la intención que vanamente buscábamos en una palabra. Aquí tenemos a Samblancat. A ese amigo y compañero de todos que tan bellas páginas escribió para un sector de público que admira la estética de lo bello, donde la "palabra desollada y retorcida hasta el último hilo de su urdimbre néurica diese entera el alma y se desgarrara en gritos por la doliente boca de cada uno de sus poros", ha sabido admirar como este escritor hace "dejación de todas las grasas, linfas y hollejos, observando la hoguera que encendió es toda una brasa viva y ardorosa, sin humo ni cartuchos quemados. Ese lector anónimo que ha seguido a Samblancat a lo largo de sus años mozos y de los proyectos vio en su literatura el embeleso de una novia que, aunque algunas veces suelte la lengua pa-

ra expresar sentimientos que "parezcan demasiado cáusticos, recuerden que las lágrimas más cordiales son las más acídulas; que las máximas efusiones de la vida se entreveran de gemidos".

Samblancat llegó a la casa Confederada por camino distinto a la gran mayoría de sus pioneros. Venía de los restos del federalismo que agrupó a Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Cristóbal Litrán, es el último colaborador inolvidable de la Escuela Moderna. De aquel plantel no podemos olvidar a Nicolás Estébanez, ni a Riego ni tampoco a los integrantes, de menor nombradía que se precipitaron al abismo durante la segunda república española, que la primera se ha instaurado en Córdoba la morera, según testimonia el nunca bien recordado Gonzalo de Reparaz. Angel Samblancat, cuando llegó a la CNT, ya traía un cargamento de faenas periodísticas en **El Diluvio** y **La campana de Gracia**. De allí en adelante, al integrar la familia confederal, se dio a la colaboración en prensa de la hermandad y en la afín, como lo fue aquella "**España Libre**" que en Valencia publicaba Rodrigo Soriano, enemigo a muerte del gran cauzro Blasco Ibáñez, que por muchos años fuera gobernador monárquico de aquella isla del Cid. También colaboró en el diario "**El Sol**", donde se han disparado certeros proyectiles al régimen, contribuyendo de ese modo al derrumbe del 13 e instrucción de la 3^a república.